

Género y sexualidad

Perspectivas bajo el umbral de la identificación

ARIEL MARTÍNEZ

Género y Sexualidad: vínculos problemáticos

Como es sabido, actualmente y desde hace varias décadas, las categorías de género y sexualidad constituyen un foco prolífico de producciones teóricas en múltiples disciplinas. A pesar de la profunda relevancia teórica y política que entrañan, las vinculaciones explícitas o subyacentes entre estas categorías han sido poco tematizadas. Diane Richardson (2007) ofrece una sistematización al respecto. Señala que la captura posestructuralista de la *identidad* y el *cuerpo* efectuada por los Estudios *Queer* han denunciado la lógica binaria y la comprensión restrictiva de la sexualidad y el género en términos de fijeza, coherencia y estabilidad. La autora se inclina hacia la diversidad, la movilidad, la fluidez y las diferenciaciones múltiples, ideas que encuentran su principal afluente conceptual en la idea de *performatividad*, tal como ha sido modelada por Judith Butler. (2007; 2008) Richardson destaca que una de las dificultades a la hora de teorizar las conexiones entre género y sexualidad refiere a que estos términos son utilizados frecuentemente de modo ambiguo, de acuerdo a filiaciones teóricas y pertenencias disciplinares. Conceptualizar la relación entre estas categorías supone, entonces, como cualquier debate problemático, el despliegue de argumentos anclados en diferentes preocupaciones epistemológicas.

Como fuere, Richardson sitúa en la segunda mitad del siglo XX un punto de quiebre respecto a los sentidos en torno a la sexualidad y al género así como a las formas en que los intelectuales han vinculado ambos términos. Identifica argumentos que responden a: (1) enfoques naturalistas; (2) enfoques que priorizan el género por sobre la sexualidad; (3) enfoques que conciben el género como un efecto de la sexualidad; (4) enfoques que consideran al género y a la sexualidad como sistemas separados; y (5) enfoques que fusionan al género con la sexualidad. El orden propuesto de los enfoques no supone sucesión, a modo de una historia lineal. Incluso, ninguno de ellos ha desaparecido por completo, pues todos se infiltran en las teorizaciones al respecto.

En cuanto a los enfoques naturalistas, Richardson señala que han hegemonizado, desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, la comprensión occidental de la relación entre género y sexualidad. Este enfoque apela al orden natural para fundamentar la sexualidad y el género a partir del denominado *principio de*

coherencia, mediante el cual se supone que sexo-género-sexualidad se relacionan de una manera jerárquica, congruente y coherente. (Ponse, 1978)

A criterio de Richardson, las producciones sobre la sexualidad y el género producen un vuelco en los años 1960 y 1970. Las fuertes críticas al esencialismo presente en los desarrollos previos abrieron una brecha significativa entre abordajes anclados en fundamentos biológicos y aproximaciones realizadas desde un análisis de corte social. Entre éstos se encuentra aquel enfoque que localiza en el género un principio organizador central en el proceso de construcción de los guiones sexuales y de la identidad sexual misma. En este caso el género resulta constitutivo de la sexualidad, al mismo tiempo que la sexualidad es considerada expresión del género. Desde aquí se argumenta, por ejemplo, que los varones expresan y satisfacen su masculinidad mediante formas específicas de conducta sexual. En este marco conceptual, la división binaria entre heterosexualidad y la homosexualidad se deriva del género. (Wittig, 2005; Jackson, 2005)

Desde otra aproximación, la sexualidad tiene prioridad sobre el género. Este es el caso de las conceptualizaciones psicoanalíticas clásicas donde la *elección de objeto sexual* es central respecto a la formación de la subjetividad generizada, la que se conforma como efecto secundario de los procesos edípicos. Desde esta perspectiva, la heterosexualidad supone y eclipsa un análisis explícito y pormenorizado de los derroteros específicos que dan lugar al género. Más allá del psicoanálisis, varias feministas argumentan a favor de la primacía de la heterosexualidad sobre el género. (MacKinnon, 2014)

Otro enfoque establece la importancia de conceptualizar la sexualidad y el género como categorías analíticamente diferentes aunque superpuestas. Hasta la década de 1990 el supuesto de que el género y la sexualidad debían ser examinadas en conjunto fue relativamente indiscutible. Sin embargo, diversos intelectuales cuyas producciones poseen puntos de contacto significativos, que retrospectivamente admiten ser reunidos bajo la rúbrica de estudios *queer*, analizan las vinculaciones contingentes entre el género y la sexualidad y, desde allí, acceden a nuevas vinculaciones, contingentes, entre ellos. Esta perspectiva permite incorporar complejidad al tema al concebir deseos y prácticas sexuales que no necesariamente dependan de los significados coagulados bajo las exigencias propias de las identidades de género. (Rubin, 1989)

Señala Richardson que los diferentes marcos a partir de los cuales se ha intentado comprender la relación entre el género y la sexualidad han planteado relaciones de causalidad directa entre ambos, donde o bien la sexualidad constituye al género o bien el género constituye sexualidad. También se han separado ambas categorías, aunque siempre permanecen, de un modo u otro, relacionadas entre sí. Otras posiciones han argumentado que la sexualidad y el género son analíticamente separables y

han otorgado prioridad lógica a uno sobre el otro. Por otra parte, algunas aproximaciones conceptualizan la relación entre género y sexualidad en términos de fusión. Aquí, el supuesto es que el género se cruza con la sexualidad de un modo tal que resulta imposible abstraer cualquiera de ellos. Género y sexualidad se entrelazan, entonces, inseparablemente.

Más allá del recorrido por los diferentes enfoques que ofrece —aquí sólo mencionados de manera ligera—, Richardson exhorta a ir más allá de estos marcos, hacia nuevos enfoques a la hora de teorizar las intersecciones entre género y sexualidad. Su interés radica en vincular género y sexualidad a partir del reconocimiento de la fluidez, la inestabilidad, la fragmentación de las identidades y la pluralidad de las potenciales posiciones del sujeto. Tal empresa enfrenta a Richardson ante la necesidad de contar con marcos teóricos que le permiten un análisis más complejo de las interconexiones exploradas. Por lo tanto, en lugar de privilegiar un enfoque sobre otro, o tratar de distinguir analíticamente sexualidad y género en tanto dominios separados, o, alternativamente, verlos como inherentemente co-dependientes de tal forma que no es posible su distinción, Richardson propone, haciéndose eco de Judith Butler, (re)imaginar las interconexiones entre género y sexualidad de modo que sea posible instalar una nueva escena que tienda un puente entre posiciones opuestas, es decir: más allá de la lógica binaria. Es así que Richardson sugiere que en la propuesta teórica que Butler despliega en *Mecanismos psíquicos del poder* (2001) radica la posibilidad de trazar nuevos lazos entre sexualidad y género. De aquí en más intentaré argumentar que el segmento de la producción butleriana al que apela Richardson no es el adecuado a la hora de rearticular vinculaciones entre género y sexualidad a partir de una subversión de la lógica dicotómica, binaria y exhaustiva del género normativo. Para ello señalo algunas incomodidades teóricas en el pensamiento de Butler que emergen, como efecto secundario, a partir de la incorporación de insumos conceptuales provenientes de la teoría psicoanalítica. Específicamente me refiero al concepto de identificación. En cada apartado señalo este problema pero es explicitado en las observaciones finales.

Identificación: el prisma restrictivo de la mirada butleriana

Es frecuente detectar conceptos psicoanalíticos en los argumentos que integran la producción de Judith Butler. *Mecanismos psíquicos del poder* (2001) constituye, desde mi punto de vista, el intento más exacerbado de Butler por apelar al recurso de la teoría psicoanalítica. Allí la preocupación de Butler refiere a suplementar aportes foucaultianos y freudianos para subsanar dificultades teóricas intrínsecas que existen, deja deslizar Butler, en cada uno de aquellos a la hora de pensar el problema del sujeto. Sin embargo, Butler utiliza el psicoanálisis como prótesis que le permite otorgar

densidad psíquica al sujeto vacío que Foucault¹ recorta mediante su teoría del poder (Martínez, 2013). Tal como intentaré mostrar, el modo en que Butler se apropia de esta teoría le trae algunas dificultades con los objetivos políticos que al menos anudan las páginas de sus primeras producciones. (Butler, 2007, 2008)

En *Mecanismos psíquicos del poder* (2001) Butler apela, fundamentalmente al concepto de identificación como elemento teórico que le permite explicar el modo en que, bajo la figura del *tropo*, se produce la interiorización de la norma como circuito inaugural de cualquier posición de sujeto. Si bien varias pensadoras provenientes del campo del feminismo han recurrido al psicoanálisis, en general, y a la identificación, en particular, para alimentar sus análisis filosóficos (Tyler, 2005; Lafrance, 2007; Hakeen, 2008; Malone, 2011; Hollway, 2012), la originalidad de Butler radica en volcar su mirada sobre la *identificación melancólica* para explicar la producción del género desde un punto de vista posestructuralista. Butler parte de las ideas freudianas sobre la identificación, como medio a partir del cual los sujetos, para articularse como tales, incorporan objetos que sirven como modelos referenciales durante el proceso de formación de su identidad. Asimismo reinterpreta el relato freudiano que refiere al complejo de Edipo y al temor a la castración como las principales estructuras que condicionan la dirección tanto de la identificación como del deseo. (Freud, 1924/1979; Butler, 2008)

Identificación

Sigmund Freud refiere constantemente a lo largo de su obra al mecanismo de la identificación y su lugar en la constitución del yo. En *Tótem y tabú* (1913/1979) Freud conjetura, podríamos decir, un origen de la ley a partir de un relato de violencia simbólica. Entre los miembros de una horda primitiva, los hijos se unen entre sí y pactan matar y devorar a su padre despótico que los ha desterrado con el fin de asegurarse el acceso exclusivo a todas las mujeres de la tribu. Pero, una vez asesinado el padre, los hijos descubren que la huella psíquica del padre, en la memoria, es mucho más poderosa que el padre real y corpóreo, antes vivo. Una vez devorado el padre, literalmente *incorporada*, los hijos son capturados por sentimientos de afecto hacia aquél pero al mismo tiempo, y principalmente, sienten culpa por su acción. Así, la inscripción simbólica del padre da inicio a una pena, una sanción, que lleva a los hijos a invocar prohibiciones morales y censuras, ahora *internalizadas* como propias.

A través de este *tropo* simbólico Freud explica el origen de la autoridad que se desprende de las normas sociales que gobiernan nuestro comportamiento. Diana Fuss (1995) señala las principales características de este modelo de identificación. En primer lugar, la eventual identificación de los hijos con su padre resulta ambivalente: lo odian por el poder despótico que ejerce, pero se encuentran obnubilados

1 Esta idea, también el modo de enunciarla, pertenece a María Luisa Femenías (2013).

y, de hecho, lo estiman y admiran por la autoridad que despliega. En segundo lugar, la identificación hacia el padre implica violencia: los hijos lo matan y lo comen. Es pertinente señalar que aquello a lo que Freud denomina identificación secundaria, o al rasgo, refiere a que la identificación toma como modelo parte del objeto. El objeto de amor en sí no se incorpora en su totalidad, el inconsciente selecciona elementos que resuenan en el yo, por lo que es posible detectar, también, cierto grado de mutilación del objeto para que el yo segmente aquel aspecto del objeto en el que anclar su identidad. En tercer lugar, el ritual de ingesta canibálica sirve para volver a invocar, actualizar y apuntalar la identificación original, lo que subraya el carácter temporario y frágil de la identificación.

Posteriormente, encontramos un aporte respecto a la identificación en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921/1979), donde Freud describe la identificación como la “más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (1921/1979: 99). El niño varón se identifica positivamente con su padre como alguien que le gustaría *ser*, y también negativamente como alguien con quien compete por la investidura de objeto, es decir el amor de la madre. Freud señala que “desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente” (1921/1979: 99). Aquí Freud distingue entre el vínculo que vía identificación un sujeto establece con otro sujeto, por un lado, y el vínculo que un sujeto establece con otro sujeto tomándolo como objeto de amor y deseo, por otro. Si el primer caso refiere a la identificación, el segundo es relativo a la elección de objeto sexual. Es así que las identificaciones preceden a la elección de objeto (sexual).

En *Duelo y melancolía* (1917/1979) Freud menciona que el yo incorpora aspectos del objeto perdido. Cuando un objeto querido se pierde, es preciso que el yo abandone por completo la fijación libidinal allí instalada. Esto resulta a tal grado traumático que el yo intenta retener el apego temporalmente como recurso que le permite negar la pérdida en la realidad. El principio de realidad torna insostenible este intento y, poco a poco, el yo se rinde ante el reconocimiento de que la pérdida es permanente. Esto es posible gracias a la incorporación de aspectos del objeto amado en yo, es decir, a que el yo se identifica con el objeto. La identificación constituye, por lo tanto, un proceso mediante el cual se tramita una cantidad de energía psíquica significativa mediante la sustitución del modelo identificatorio original por una representación psíquica producto de la introyección en el yo. Así el objeto se convierte en parte de la identidad y, como tal, “participa considerablemente en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su carácter” (Freud, 1923/1979: 30-31). Entonces, la identificación participa en la formación de la identidad. El carácter del yo, por usar las palabras de Freud, está determinado en gran medida por su historia de incorporaciones.

Usos butlerianos de la Identificación

Como hemos señalado, toda identificación, al menos en clave freudiana, supone incorporación de aspectos del objeto que resultan constitutivos del yo. Lo que seduce a Butler de este concepto es, sin duda, la posibilidad de deslindar un elemento psíquico que le permite pensar cómo el sujeto se articula como tal en función del campo normativo. Sin embargo no es ocioso advertir algunos matices del concepto que Butler pasa por alto. Es posible deslindar dos vertientes de la introyección propia del funcionamiento identificatorio a la hora de pensar la configuración de la identidad de género. Una de ellas refiere a la incorporación de un modelo identificatorio en términos positivos y valorados. La otra vertiente refiere a la identificación melancólica, donde se introyecta un objeto perdido o, dirá Butler, suprimido cómo opción viable dentro del campo simbólico.

En el primer caso los atributos introyectados se encuentran alineados con aspectos ideales. Esta vertiente de la identificación, y su papel en la formación de la identidad de género, fue tomada principalmente por Robert Stoller (1976) y, posteriormente, por Ralph Greenson (1968), Nancy Chodorow (1984) y Jessica Benjamin (1996). En todos estos casos, la identificación parece permitir una interiorización directa de la feminidad o la masculinidad de las instancias parentales, donde la identificación determina el modelo que le imprime el *ser* de género. Posteriormente, y desde dicho posicionamiento, el sujeto realiza sus elecciones de objeto, localizadas en el plano del *tener*: Freud es cuidadoso al diferenciar entre estos procesos psíquicos, nos dice que:

Es fácil expresar en una fórmula el distingo entre una identificación de este tipo con el padre y una elección de objeto que recaiga sobre él. En el primer caso el padre es lo que uno querría ser; en el segundo, lo que uno querría tener. La diferencia depende, entonces, de que la ligazón recaiga en el sujeto o en el objeto del yo. La primera ligazón ya es posible, por tanto, antes de toda elección sexual de objeto. (Freud, 1921/1979: 100)

Robert Stoller (1976) dirime la conformación de la identidad de género en este plano identificatorio. Este mecanismo configura la *identidad de género nuclear*, entendida como el conjunto de atributos que integran el sentido individual respecto a la masculinidad o a la feminidad. El primer modelo identificatorio, argumentan, es la madre, por ende las primeras identificaciones la toman como referencia. Es interesante notar el modo en que esta separación tajante entre identificación y elección de objeto —entre *ser* y *tener*— guía a estos autores a resolver el problema teórico de la primera identificación con la madre en el caso de los niños. Dice Jessica Benjamín (1996), replicando el mismo argumento que Nancy Chodorow (1984) y Ralph Greenson (1968), que:

[...] como en casi todas partes las mujeres han sido las cuidadoras primarias de [los/as niños/as pequeños/as], tanto los niños como las niñas se han diferenciado en relación con una mujer. Cuando consideramos el curso típico de la diferenciación masculina, vemos de inmediato que crea una dificultad especial para los varones. Todos los niños se identifican con su primer ser querido, pero los varones deben disolver esta identificación y definirse como el sexo diferente. Al principio [los/as niños/as] se sienten semejantes a sus madres. Pero los varones descubren que no pueden llegar a ser como ella; sólo pueden tenerla. Este descubrimiento conduce a una ruptura de la identificación, que las niñas no tienen que sufrir. Los varones niegan su masculinidad negando la identificación o unidad original con sus madres. (Benjamin, 1996: 98-99)

En efecto, los niños forman su identidad de género por desidentificación de una mujer y, sólo secundariamente, por la identificación con el padre. Benjamin (1996) continúa,

El varón desarrolla su género y su identidad estableciendo una discontinuidad y una diferencia respecto de la persona a la que está más apegado. Este proceso de desidentificación explica el repudio a la madre que subtiende la formación convencional de la identidad masculina. (Benjamin, 1996: 99-100)

Esta vertiente de la identificación expone la lógica binaria del Edipo que separa tajantemente el amor de objeto y la identificación. Al mismo tiempo instaura la inevitable exclusión entre ambos procesos. En efecto, el complejo de Edipo carga en sí el imperativo heterosexual, en donde *ser* y *tener*, identificación y amor objetal, deben permanecer separados. En esta lógica de la mutua exclusión, en la que se sostiene la organización cultural heterosexual, sólo es posible ser “X” y tener “Y” o bien ser “Y” y tener “X”. Es esta faz de la identificación la que entreteje las identidades rígidas y normativas que arroja el Edipo dicotómico y heterosexual freudiano.

Diana Fuss (1995) señala que existe cierta independencia entre las estructuras de la identificación y de la elección de objeto sexual. En contra de lo que las lecturas canónicas de los textos freudianos parecen sugerir –el objeto de deseo es opuesto del objeto de la identificación, y mantienen una distancia inconciliable que sostiene el patrón normativo de género y su respectivo deseo heterosexual– es posible pensar en cierta continuidad entre identificación y deseo. En esta línea Butler pone su mirada en la identificación melancólica para enfatizar que, en esta modalidad incorporativa,

aquello que se introyecta en el yo no es un modelo pleno, por llamarlo de algún modo, más bien se trata de incorporar aquello que debía estar presente en el espacio vacío, que deja el objeto perdido o suprimido. Bajo la pretensión de no perder de vista el campo social normativo a la hora de pensar las identificaciones que conforman el género, Butler superpone la ausencia de aquello perdido, luego introyectado —que en Freud se trata de un objeto, o *una representación que haga sus veces* (1917/1979)— con los vínculos homosexuales. De este modo, y de manera sagaz, Butler vincula, vía identificación, la introyección de un vínculo prohibido desde el inicio, es decir *forcluido*,² con la conformación del género. Y es en este punto donde Diane Richardson (2007) parece detectar vinculaciones prometedoras entre género y sexualidad propias del pensamiento butleriano.

Identificación: un estorbo en la relación entre Género y Sexualidad

Butler se basa en las ideas de Freud sobre la melancolía para argumentar que, como cualquier proceso anclado en este tipo de identificación, la constitución del sujeto generizado implica una pérdida ineludible. Señala acertadamente que los aportes de Freud respecto a los efectos del complejo de Edipo dependen del supuesto heteronormativo del deseo. Digámoslo de una vez, Butler fuerza la teoría psicoanalítica para argumentar radicalmente que la homosexualidad —entendida en términos de identificación melancólica con un objeto de amor del mismo sexo— precede a (y de hecho produce) la heterosexualidad.

El psicoanálisis freudiano sugiere que la identidad sexual, y superpuesta con ella la identidad de género, se conforman como respuesta ante los avatares del yo durante el pasaje por el complejo de Edipo y como reacción ante el temor frente a las amenazas de castración, por el cual el varón culmina por identificarse con (incorporar al) padre como modelo de su masculinidad. Sin embargo, detecta Butler, y antes que ella Gayle Rubin (1986), el complejo de Edipo freudiano asume que el deseo heterosexual ya se encuentra instalado. Butler exhorta a refigurar el Edipo, justamente, como la maquinaria que heterodesigna al género y heterosexualiza el deseo. Es así que se centra en la incorporación melancólica que el infante lleva a cabo respecto al objeto de deseo perdido (el padre del mismo sexo). Es así que el dominio de la heteronormatividad inicia el proceso de identificación melancólica que resulta, en Butler, constitutiva del género. Pero si el género se logra mediante procesos de identificación, entonces la identificación de género es incompleta: la identificación no captura el objeto perdido en sí, se trata de una manipulación fantasmática y el ideal del yo, concluye Butler, asegura la consolidación de la identidad de género heteronormada

2 *Forclusión* designa, en el pensamiento de Butler (2004), una operación previa a la formación del sujeto. Se trata de una acción, una prohibición, una exclusión, un *dejar fuera por completo* que es previo a, y posibilita, la formación del sujeto.

a través de la sublimación del deseo homosexual. Por lo tanto, la identificación que toma un modelo identificatorio pleno donde se ancla la feminidad y la masculinidad se fundamentan en una identificación previa que, como reacción melancólica frente a la pérdida, incorpora posibilidades eróticas prohibidas. Es en este sentido que Butler argumenta que el género es melancólico.

Sigamos la letra butleriana. Si la formación melancólica del género transcurre en el marco de una cultura que no llora la pérdida de los vínculos homosexuales, y los vínculos homosexuales que se incorporan como identificación al tiempo que se tornan co-extensivos al yo, entonces, afirma Butler, la *matriz heterosexual* comanda la construcción del género. Butler reconoce que este planteo, que afianza la división tajante entre *ser* y *tener*, es rígido e hiperbólico. También afirma que, desde su punto de vista, existen modos de habitar el género y la sexualidad que no se reducen a esta ecuación marcada por el juego entre *identificación* y *elección de objeto*. Sin embargo, el artículo no tematiza esta línea, más bien todo lo contrario. Las páginas de su producción en cuestión están dedicadas exclusivamente a cincelar el modo en que “las posiciones de lo ‘masculino’ y lo ‘femenino’ [...] se establecen en parte gracias a las prohibiciones que exigen la pérdida de ciertos vínculos sexuales.” (Butler 2001: 150) También señala que “la asunción de la feminidad y de la masculinidad se producen mediante la consecución de una heterosexualidad siempre precaria [...] la fuerza de ese logro exige el abandono de los vínculos homosexuales.” (2001: 150) Y agrega: “el género se alcanza y se estabiliza mediante el posicionamiento heterosexual, de tal manera que las amenazas a la heterosexualidad se convierten en amenazas al género mismo.” (2001: 150)

Butler deja deslizar una secuencia lógica encadenada en el siguiente orden: *Homosexualidad – Heterosexualidad – Género – Sexo*. Es así que Butler localiza en primer lugar de su esquema a los vínculos homosexuales como posibilidad erótica abolida o *forcluida*. Señala la autora que la prohibición del incesto, propia del periplo edípico, eclipsa la prohibición de la homosexualidad. Por tanto el deseo heterosexual es un presupuesto naturalizado. Butler dice, “la prohibición del incesto presupone la prohibición de la homosexualidad, puesto que asume la heterosexualización del deseo.” (2001: 150) La autora vincula este tabú a las formas culturales de vida organizadas por la *matriz heterosexual*. Consecuentemente, la heterosexualidad se instala como modo legítimo de elecciones eróticas. Tal es así que “la heterosexualidad se cultiva a través de prohibiciones que en parte afectan a los vínculos homosexuales, obligando a su pérdida.” (Butler 2001: 151)

Por tanto, el género heteronormado se encuentra entretejido, dice Butler, por “formas cotidianas de ansiedad de género.” (2001: 151) Menciona, “el miedo al deseo homosexual puede provocarle a una mujer pánico de estar perdiendo su feminidad [...] el terror al deseo homosexual puede inspirarle a un hombre terror a ser visto

como femenino.” (2001: 151) Butler sintetiza, “el género se adquiere mediante el repudio de los vínculo homosexuales, la niña se convierte en niña al someterse a la prohibición que excluye a la madre como objeto de deseo e instala al objeto excluido como parte del yo.” (2001: 151) Como ya hemos señalado, el complejo de Edipo es refigurado, entonces, como una agencia de poder cuya estrategia consiste en imprimir la lógica que subyace al ordenamiento dicotómico de los géneros binarios: la localización excluyente entre *ser* y *tener*. Destacamos nuevamente: el Edipo y sus amenazas al castigo figuradas como posibilidad de daño físico –castración–, repudian la homosexualidad y, consecuentemente, heterosexualizan el deseo. En este contexto, por ejemplo, la niña renuncia al amor prohibido hacia su madre, no sólo como objeto incestuoso sino como elección de objeto sexual en general –no sólo la renuncia cae sobre la madre, sino sobre todas las mujeres. Así, dice Butler, “sólo mediante el repudio de la homosexualidad podrán el padre y sus sustitutos convertirse en objetos de deseo, y la madre en un incómodo lugar de identificación [con lo prohibido].” (2001: 151) El varón, por su parte, se constituye como heterosexual deseando a la mujer que nunca querría ser. *Tiene* lo que le está prohibido *ser*. El deseo intentará vencer, nos dice la autora, a la identificación, la que es continuamente negada por su *carrera heterosexual*. Bajo esta lógica disyunta entre identificación y elección de objeto, él no se identificará con ella, pues eso implica desear a otro varón.

Para Butler, los propios mecanismos que instalan el género con-forman, al mismo tiempo, la morfología sexual que sirve como sostén corporal naturalizado de la identidad de género en cuestión. En relación con el *sexo*, entonces, Butler sostiene que “la identificación [que constituye el género] lleva dentro de sí tanto la prohibición como el deseo, de tal manera que encarna la pérdida no llorada de la carga homosexual.” (2001: 151) Aquí la palabra *encarna* refiere al cuerpo, más precisamente al modo en que las identificaciones que circulan en la *matriz heterosexual* conforman el sexo. Butler es más explícita cuando anuda las ideas freudianas respecto a que: por un lado, la identificación es constitutiva del yo; y, por otro, el yo es, ante todo proyección de una superficie corporal. Butler afirma que,

vía identificación, “el yo corpóreo asume una morfología de género.”³ (2001: 148)

Un aspecto nodal en Butler refiere a la relación entre heterosexualidad y homosexualidad. La homosexualidad, está lejos de ser presentada como una opción erótica abyecta e indefensa, por el contrario precede lógicamente a la heterosexualidad, “el tabú contra la homosexualidad genera las ‘disposiciones’ heterosexuales mediante las cuales posibilita el conflicto edípico.” (Butler, 2007: 148) El desplazamiento que Butler efectúa desde el complejo de Edipo y el tabú del incesto hacia el tabú de la ho-

3 Este argumento es abordado más exhaustivamente por Butler en *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del ‘sexo’* (2008), bajo la idea de *imaginario morfológico*.

mosexualidad, le permite argumentar que es la censura de una sociedad melancólica contra el deseo homosexual lo que condiciona el desarrollo del sujeto generizado. El objetivo político presente en el argumento de Butler –invertir lógicamente los términos y socavar el centro mismo de la matriz heterosexual– es muestra fehaciente de su sutil retórica a la hora de construir argumentos convenientes. Sin embargo su lógica es problemática, y este carácter problemático deriva, nuevamente, del concepto de identificación.

Por otra parte, si la teoría de Butler sugiere que la heterosexualidad es el logro por excelencia de la identidad de género articulada mediante la pérdida, aunque interiorizada bajo la modalidad melancólica de la homosexualidad, entonces la idea de género melancólico supone y depende de las categorías de *homosexualidad* y *heterosexualidad*. El género se define por aquello que se pierde, y lo que se pierde por aquello que se excluye. Las restricciones sociales participan en la construcción del género e instalan la masculinidad y la feminidad como entidades distintas. Si en *El género en disputa* (2007) Butler sostuvo que la diferencia sexual no precede a la interpretación cultural de esa diferencia, pues es en sí misma un acto interpretativo cargado de supuestos normativos propios del sistema binario del género, ahora, sin embargo, su concepción de género depende de esta demarcación dicotómica entre heterosexualidad y homosexualidad.

Si en un inicio la idea del género forjado a partir de una ligazón erótica denegada prometía un deslizamiento novedoso entre identificación (*ser*) y deseo (*tener*) –donde Butler introducía el *no tener* en el núcleo del *ser* del género–, luego nos damos cuenta que el sistema explicativo de Butler permanece anudado a esta división tajante entre identificación y deseo, que se encuentra en la base de concebir la homosexualidad como el significante originario, el que, a su vez, es figurado como un ente enquistado en la identidad de género vía internalización melancólica.

¿Qué ocurre si pensamos a la homosexualidad como un logro, y no como un momento lógicamente previo de la heterosexualidad? Freud (1905/1979) definió como perverso polimorfo aquel fragmento de la vida erótica que no sólo protagoniza los primerísimos tiempos de la vida psíquica, sino que también muestra ser un magma pulsional reprimido aunque subyacente a la lógica coherente y monolítica de las identidades ya constituidas. El desliz del análisis de Butler, en esta oportunidad, pretendidamente posfundacionalista, transcurre por capturar el carácter del perverso polimorfo bajo la categoría de homosexualidad. Cuando Butler afirma que la homosexualidad es una posición anterior en la causación del género, supone que la homosexualidad es un monolítico más o menos estable y coherente que reúne cualidades eróticas que permanecen en el tiempo. Es decir: supone que es una identidad previa no sometida, aparentemente, a su teoría de la performatividad.

En un intento de invertir el valor de la homosexualidad Butler restringe su narrativa a identidades dicotómicas. Los únicos términos que circulan refieren a varón, mujer, heterosexualidad y homosexualidad, como si estas fuesen las únicas opciones posibles. Freud mismo habló de nuestra inherente bisexualidad y de nuestra perversidad polimorfa como intento de dar cuenta de identificaciones y destinos eróticos tempranos indiferenciados. (Freud, 1905/1979) Enfatiza repetidamente la existencia de aquel momento temprano indiferenciado donde el placer permanece ligado a una gran variedad de placeres difusos. Aquello que progresivamente se restringe a partir de las normas sociales, luego incorporado vía identificación melancólica, no es solamente la homosexualidad; ésta, más bien pertenece y se funde en un magma pulsional mucho más vasto y complejo que no reconoce exigencia identitaria alguna. Tal vez si esta dimensión fuese tenida en cuenta se pueda concebir legítimamente otros posicionamientos genéricos no reductibles a las identidades varón y mujer. Aún bajo el horizonte de los estereotipos culturales de su época, Freud reconoce que “aquello que constituye la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender.” (1933/1979: 106)

Butler, por su parte, destaca, en la línea de su análisis, que concibe el género como un efecto de la melancolía —donde la identificación melancólica incorpora y preserva fantasmáticamente vínculos homoeróticos prohibidos— “[a]l género como compuesto justamente de lo que permanece inarticulado en la sexualidad.” (2001: 155) Esta concepción entraña, desde mi punto de vista, gran potencia subversiva a la hora de pensar, y de desprender analíticamente, la posibilidad de concebir géneros no encriptados en la lógica normativa contemporánea. Sin embargo, el recurso a la identificación estorba esta potente vinculación entre género y sexualidad, pues la utilización de esta categoría obliga a Butler a contristar la potencia fluida y múltiple de la sexualidad en categorías identitarias. Desde allí decantan, entonces, géneros dicotómicos y estancos heteronormados. Butler ve en el mecanismo de la identificación una opción que le permitirá cuestionar la matriz heterosexual y la lógica de las identidades que allí se articulan. Sin embargo, tomar la identificación la conduce, contradictoriamente hacia donde ella no se ha propuesto ir. Esto se debe, nuevamente, al problema que abraza esta identificación incorporativa.

Schreber: identificaciones prohibidas

Myra Hird (2002) sugiere que Freud ofrece generosos aportes en relación con varias temáticas de interés para una mirada *queer* —muchas veces contrapuestos— que permiten interpretaciones diversas. Este carácter vasto de la obra freudiana es tierra fértil para la imaginativa y convincente retórica de Butler. Por el momento abandonaré a Butler y sólo retendré la idea que refiere a la homosexualidad como antecedente lógico para la conformación del género heteronormado y, desde allí, indagar

aspectos freudianos que permitan puntos de mira alternativos. Uno de ellos, señala Hird (2002), está contenido en las *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia Paranoides) descrito autobiográficamente* (1911/1979). Clásicamente es conocido como *Caso Schreber*, que Freud ofrece como paradigmático para pensar la psicosis en su esquema teórico.

Schreber, un destacado miembro del poder judicial alemán, fue promovido en 1893 al cargo de juez presidente de la corte de apelaciones de Sajonia en Dresde. En 1903 redactó y publicó sus memorias detalladas en el trance de sus estados mentales. (Schreber, 1903/1999) A partir de aquellas memorias Freud elabora un caso de paranoia.

Schreber informa que “en un estado entre el dormir y la vigilia, había tenido ‘la representación de lo hermosísimo que es sin duda ser una mujer sometida al acoplamiento’.” (Freud, 1911/1979: 14) Luego detalla el modo en que su cuerpo se descompone con un propósito divino, “se considera llamado a redimir el mundo y devolverle la bienaventuranza perdida. Pero cree que sólo lo conseguirá luego de ser mudado de hombre en mujer.” (Freud, 1911/1979: 17)

Hird (2002) se detiene en que las memorias muestran claramente a Schreber convencido de su conversión en mujer por encima de todos los síntomas. Los sueños de Schreber le permiten a Freud interpretar una actitud femenina dirigida hacia su médico, Flechsig. Myra Hird observa agudamente que los abordajes canónicos de la psiquiatría no dudarían en catalogar a Schreber como una transexual *male-to-female* pre-quirúrgico. Sin embargo para Freud el caso gira en torno a la homosexualidad. Freud vincula el *mecanismo de la formación paranoica* con el autoerotismo propio del carácter perverso polimorfo del funcionamiento de la sexualidad infantil que aún no ha sido capturado por un posicionamiento identitario. Así, los placeres múltiples y difusos se ligan al propio cuerpo. La genitalidad que porta el propio cuerpo investido conduce a Freud a enlazar autoerotismo y homosexualidad. La narrativa freudiana del drama edípico dice que, en lugar de resolver la amenaza de castración por el abandono de la madre como objeto de amor e identificarse con el padre, la alternativa homosexual consiste en el deseo del padre y en identificarse en una posición femenina para, desde allí, tomar a varones como elecciones de objeto.

Si tomar como objeto de investidura libidinal al propio cuerpo funda una relación autoerótica, homoerótica, algo aquí sugiere que la elección de objeto homosexual precede la elección de objeto heterosexual. Sin embargo, a fin de confirmar la centralidad del complejo de Edipo, Freud también afirma que la homosexualidad es el resultado, no la causa, del proceso psíquico iniciado por el complejo de Edipo. En esta línea Myra Hird (2002) señala que sería más exacto decir que Schreber rechazó cierta identificación y, consecuentemente, pagó un precio social alto. La diferenciación entre identificación y deseo en el caso Schreber es pegajosa. Lo que Schreber

declara en sus memorias no es un amor de objeto del mismo sexo. Lejos de pensarse como homosexual, Schreber declara que quería transformarse en una mujer. Entonces, señala Hird de la mano de Butler (2001, 2007, 2008), el esquema teórico de Freud no reconoce su transexualidad, su insistencia en el complejo de Edipo y el temor a la castración conduce necesariamente a una teoría heteronormativa de desarrollo. Y es hacia allí donde la fuerza evidente del argumento de Butler se dirige para subvertir este discurso dominante.

Si Butler analiza las consecuencias que genera en la conformación del género interiorizar aquello prohibido en lo que refiere a la elección de objeto homosexual (plano del *tener*), es posible preguntarnos si existe la posibilidad de interiorizar aquello prohibido en lo que refiere a la identificación que infunde el modelo de género, en este caso con el sexo opuesto (plano del *ser*). Si es así Schreber rechaza la pérdida requerida por la identificación de género con el mismo sexo. Una interpretación psicoanalítica conservadora argumentaría que el transexualismo no es más que una identificación fallida, pues allí se despliega una identificación hacia el padre del sexo opuesto por sobre una identificación, esperable, que tome como modelo de *ser* al padre del mismo sexo. Este *fracaso* de la identidad de género refiere a la negativa de aceptar una correspondencia entre los genitales y la identificación genérica adoptada —correspondencia que en Freud es requerimiento tanto de la homosexualidad como de la heterosexualidad.

En suma, Myra Hird (2002) deja en claro que, contra la idea freudiana de considerar que Schreber es homosexual, sus memorias dan testimonio de su identificación con una mujer. Esto vuelve interesante al caso, pues evidencia que la transexualidad de Schreber puede entenderse como un rechazo a la identificación de género heteronormada y puede constituir una respuesta radical al sistema de género heteronormativo contemporáneo. Las memorias de Schreber pueden entenderse, entonces, más allá de relatos que dan cuenta de una homosexualidad latente —y que, peor aún, sugieren la presencia de la homosexualidad en la causación de su psicosis delirante. Se trata, más bien de relatos altamente agenciales que dan cuenta de una subversión de las categorías de género como resistencia ante la restricción del género heteronormado.

Schreber subraya, entonces, el aspecto performativo del género y el carácter agencial que se desliza, justamente, en subvertir la dinámica entre identificación y elección heteronormada de objeto. Esta dinámica es, en parte, cuestionada cuando Butler retoma la identificación melancólica, puesto que se trata de anudar la dimensión de aquello que no se *tiene* en la constitución del *ser* del sujeto. Es decir, *tener* —al menos en el plano fantasmático bajo la recuperación e interiorización melancólica— y *ser* se anudan. Butler fracasa, desde mi punto de vista, en restringir el *objeto* de la interiorización a una categoría identitaria —*homosexualidad*— que se utiliza para explicar las posiciones de *varón* y *mujer* entretejidos por una *heterosexualidad* hiperbólica

—todas categorías que cabalgan sobre el sistema de género hegemónico y entretejen la matriz heterosexual. Lo que empieza con una posible ruptura de la diferencia entre identificación y elección de objeto luego cae en saco roto, cuando esa diferencia es reintroducida con más fuerza. Pero, insisto, este problema es intrínseco al concepto de identificación freudiana y su dinámica, que Butler no puede detectar.

Identificación ex-corporativa

Kaja Silverman (1996) sugiere un modelo de identificación diferente. Acertadamente, detecta el modo en que la versión freudiana de la identificación se comporta de modo tal que el sujeto se alinea imaginariamente a un otro de modo *incorporativo*. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, por ejemplo, Freud (1921/1979) señala que “desde el comienzo mismo, la identificación [...] se comporta como un retoño de la primera fase, oral, de la organización libidinal, en la que el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal.” (1921/1979: 99) Posteriormente, en *Totem y Tabú*, Freud (1913/1979) hace literal la metáfora canibalística con la que caracteriza a la identificación cuando relata el modo en que la hora de hermanos asesina y devora al padre:

Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les habría sido imposible. (...) Que devoraran al muerto era cosa natural para unos salvajes caníbales. El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él. (1913/1979: 143-144)

Una vez devorado, el padre cobra existencia con otro estatuto al ser introyectado. En aquellos textos en los cuales Freud tematiza la formación del yo, la identificación juega un papel relevante en tanto proceso a partir del cual el otro es interiorizado y transformado en *self*, ya sea mediante la lógica de la melancolía en *Duelo y melancolía* (1915/1979) o comandado por el despliegue propio del complejo de Edipo en *El yo y el ello* (1923/1979). Silverman no duda en afirmar que la lógica a partir de la cual el sujeto se articula en función de la norma es incorporativa. Apelando a una identificación exteriorizadora o, como la denomina Silverman, *ex-corporativa*, la autora instala la posibilidad de deshacer la ilusoria unidad del Sujeto.

El trayecto *ex-corporativo* de la identificación constituye una vía por la cual el sujeto se identifica a distancia de su *self* propioceptivo y en la que la *imago* visual del reflejo especular permanece externa, sin la exigencia de una unidad corporal

imaginaria. Ante el modelo de un *yo corporal* que deglute, esto es, que se consolida asimilando las coordenadas corpóreas del otro, devorando la otredad corporal, la coherencia del yo se mantiene repudiando todo aquello que no puede devorar vía identificación; es decir, negándose a cobrar existencia en y a partir de modelos radicalmente ajenos. Silverman denomina esta restricción identificatoria “principio del *cuerpo-igual-a-sí*”. Desde aquí no llama la atención que un sujeto heteronormado rechace alinearse imaginariamente a ciertos modelos corporales repudiados como diferentes o se adhiera obstinadamente a otros que son incorporados fácilmente. Este juego identificatorio propio del *cuerpo-igual-a-sí* no es sin la *Mirada Cultural* que procura al sujeto imágenes idealizadas o abyectas de sí. Sólo en el plano de este juego de imágenes que tornan al *cuerpo igual a sí* el sujeto puede experimentar, aunque más no sea momentáneamente, que es idéntico a sí mismo.

Silverman introduce la idea de *umbral* que opera como límite para la identificación. La imagen especular cumple papel de límite, aquello que no se puede cruzar. El yo, en otros términos, no permanece pregnante a cualquier imago visual, el sujeto *con-forme* a las normas de género imperantes sólo admite aquellas identificaciones que resultan congruentes con su forma. Silverman aboga a favor de una lógica identificatoria diferente a la *in-corporativa*. Al menos en algún aspecto, la identificación *ex-corporativa* se encuentra en el corazón de toda falta de conformidad entre las posiciones identificatorias y aquello que la *Mirada* sanciona.

Observaciones finales

En *Deshacer el género*, Butler enfatiza que “los términos que componen el propio género se hallan, desde el principio, fuera de uno mismo, más allá de uno mismo, en una socialidad que no tiene un solo autor.” (2006: 13-14) Son estos los términos que sostienen la idea de sujetos ex-staticos entendida como *estar fuera de uno mismo*. En otra oportunidad contrapuse la identificación y el carácter ex-statico del sujeto —ambos presentes en la producción de Butler— con el propósito de señalar que el mecanismo de la identificación articula indefectiblemente un sujeto alienado en la norma que obtura la posibilidad de agencia (Martínez, 2013). También sugerí que es la idea de *ex-stasis* la vía por la que Butler debe optar a la hora de articular una teoría del sujeto acorde a sus intereses posfundacionalistas. En aquellas palabras

El carácter ex-stático del sujeto no parece, entonces, estar en sintonía con la identificación. Al contrario del carácter ex-stático, la identificación arroja como consecuencia teórica inexorable la instalación de un núcleo sin el cual no es posible pensar al sujeto. La identificación marca una dinámica inversa al ser arrojado fuera de uno mismo, pues las identificaciones toman aspectos de los objetos

y a partir de allí modifican al yo. Tal modificación opera por añadidura. Se trata de sedimentaciones –como dice Freud–, capas que se añaden en torno a un núcleo. Aunque Lacan deja en claro que se trata de un aspecto imaginario, con realidad de ficción, opera como una reificación teórica potente a la hora de pensar la articulación del Sujeto. En este sentido, la identificación no arroja al sujeto fuera de sí, por el contrario arrastra al otro hacia sí. (2013: 237)

En aquel momento, sin embargo, me apresuré demasiado en insinuar que Butler debiera dejar a un lado la identificación como insumo conceptual psicoanalítico. Es posible articular ambas líneas, en Butler presentes aunque dispersas: el carácter *ex-stático* del sujeto y el mecanismo de la identificación –donde la identificación adviene, entonces, para explicar, en términos psicoanalíticos, la formación ex-stática del sujeto como una psique que ha sido constituida por normas sociales preexistentes y localizadas *fuera* del sujeto.

En suma, interesa enfatizar las líneas butlerianas que van en la siguiente dirección:

Para ser uno mismo se debe pasar a través de la pérdida de sí, y después de atravesarla nunca más ‘retornará’ a ser lo que era. [...] ser un yo es estar a cierta distancia de lo que uno es [...] estar siempre siendo arrojado fuera de uno mismo, como Otro de uno mismo. (2006: 211-212)

Y que también vinculan el carácter *ex-stático* del sujeto con una “noción del yo que invariablemente se pierde a sí mismo en el otro que procura la existencia del yo” (Butler, 2006: 213). Desde aquí es posible refigurar el mecanismo de la identificación proveniente del psicoanálisis a partir de la noción de sujetos *ex-státicos* que Butler toma del campo de la filosofía.

Ahora bien, Butler señala [que]:

[...] el yo que estoy perfilando aquí está más allá de sí mismo desde el inicio y está definido por su ex-stasis ontológico, esta relación fundamental con el Otro en la cual se encuentra a sí mismo ambiguamente instalado fuera de sí mismo. Sugiero que este modelo es una manera de cuestionar cualquier afirmación relacionada con la autosuficiencia del sujeto y con el carácter incorporativo de toda identificación. (2006: 214)

Allí Butler es aguda al confrontar el modelo *ex-stático* no con la identificación, sino con su carácter incorporativo. Sin embargo Butler no modela ni pone a jugar una identificación cuya lógica sea *ex-corporativa*, *ex-stática*, una identificación capaz de colocarnos al lado de nosotros mismos, desposeídos.

La incorporación que lleva a cabo la identificación melancólica conduce a Butler a elucubrar la prioridad lógica de la homosexualidad para, retóricamente, demostrar que los géneros heteronormados se encuentran vertebrados por aquella. Por otro lado, desde mi punto de vista, cualquier proyecto *Queer* dirigido a subvertir posiciones binarias que restringen la posibilidad de un sujeto imaginándose *ser* otra cosa —esto: que se arroje fuera de sí mismo— debe desarticular la división contingente entre *identificación* y la *elección de objeto sexual*, separadas por la lógica freudiana —*ser* y *tener*. Butler es aguda al apuntar hacia la identificación melancólica, pues allí *ser* y *tener* se contaminan de algún modo. Sin embargo tal identificación obtura la potencialidad contenida en el inicio de su propuesta puesto que su lógica es incorporativa, por lo que reinstala lo términos existentes.

Jane Flax (2006) denuncia la insuficiencia de los elementos conceptuales que refieren al interjuego identificación/desidentificación —aún hoy dominantes— a la hora de pensar el modo en que se construyen las identidades de género. Es necesario, nos dice, modelos teóricos que conciban al género de manera más fluida a partir de categorías complejas que presten más atención a factores culturales. El modelo de categoratorio, afirma Flax, construye una noción rígida y dicotómica de género. La posibilidad de identificación/ desidentificación instala al género como un sistema binario en el que sólo hay dos posiciones, pues alguien pertenece a un género en la medida en que no pertenece al otro. Tomando el caso del niño, dentro de este sistema, su primera identificación es con una mujer (su madre), el niño construye su masculinidad bajo el requisito de no ser femenino. Para ello se requiere la separación de la madre y la renuncia permanente a cualquier identificación con ella. Este modelo no sólo refuerza un esquema de género rígido, también valida aspectos *normales* o esperables de la masculinidad: sentimientos defensivos, temerosos y potencialmente denigrantes sobre la feminidad y todo lo relacionado con ella.

No es posible, entonces, desembarazar a la identificación de la lógica binaria y complementaria si su carácter es incorporativo. Es necesario indagar posiciones de sujeto que emerjan a partir de los rostros *ex-corporativos* de la identificación. Esta vía, y no por la adoptada por Butler en *Mecanismos psíquicos del poder* (2001), es la que conduciría a Richardson hacia sus anhelos respecto a generar modelos teóricos que deslinden relaciones fluidas y móviles entre género y sexualidad.

El carácter incorporativo del concepto de identificación le gana la pulseada a Butler e infiltra su lógica. En algún sentido Butler es arrojada fuera de sí misma cuando, a pesar de anhelar un Sujeto *ex-stático*, su pluma genera un modelo de sujeto

que se identifica con lo *igual-a-sí* y permanece alineado con los términos normativos con los que se ordena el género y la sexualidad. La identificación incorporativa es un recurso enemigo que introduce una lógica contraria en sus argumentos y, desde allí, deshace su propósito de subvertir la heteronorma. Butler, y no sólo ella, se encuentra desposeída por su propia producción. Paradójicamente, la lógica incorporativa de la identificación es, este caso, la que coloca a Butler al lado de Butler.